
Amédée Mollard

Agricultura en crisis, agricultura y crisis

La crisis de la agricultura es todavía negada o minimizada. ¿Produce miedo quizá la palabra?

Muchos economistas «rurales» prefieren interpretar la evolución reciente como un incidente sin importancia o una ruptura coyuntural. Un coloquio de la Société Française d'Économie Rurale en abril de 1980 sobre el tema de la crisis ha resultado ejemplar desde este punto de vista: los más feroces defensores de la vía industrialista de desarrollo de la agricultura no podían imaginar el cuestionar sus certezas sobre el buen fundamento de este modelo, y a sus ojos pregonar dudas, sugerir que una inflexión bastante clara tiene lugar, significaba de hecho acercarse a las escuelas de pensamiento utópicas en la marginalidad...

Esta resistencia a modificar los análisis establecidos durante largos años no siempre reviste, sin embargo, un carácter tan ideológico. P. Greiner, por ejemplo, se expresa de manera más ponderada: «no parece que las posibilidades productivas de la agricultura hayan sido afectadas de manera duradera por la crisis, y una vuelta de la producción y del valor añadido a los ritmos de progresión en volumen equi-

valentes a los de los últimos veinte años, no parece irrealizable e incluso parece se ha iniciado ya (1). Por el contrario los fenómenos de precios son, a sus ojos, la causa principal de las dificultades actuales y permanecen como fuente de inquietudes. Como si la evolución de los precios pudiese ser autónoma en relación a las de las condiciones de la producción: técnicas, estructuras, productividad, trabajo, etc.

Hace ya siete años que la renta agrícola está estancada (renta bruta) o disminuye (renta neta) sin que las perspectivas inmediatas sean optimistas, y que los principales indicadores económicos de la agricultura no conocen los mismos ritmos de crecimiento que antes ¿Es preciso renunciar a analizar la significación de estos hechos?

Estas actitudes de rechazo, estas reticencias, contrastan con el auge habitual de los estudios que tienden a integrar el fenómeno de la crisis en el análisis global del crecimiento del capitalismo. Entre los economistas generalistas, la crisis tiene derecho a ser citada, no es negada. Se han hecho estudios en el INSEE, en la Dirección de Previsión, en el Plan y por todos lados. El «sector agricultura» está integrado en estos análisis sin constituir excepción a la situación general de crisis, aun en el caso de que sean frecuentemente subrayados sus aspectos específicos. Estos estudios ponen en cuestión el modelo de crecimiento seguido por la economía francesa desde 1950, su agotamiento y las perspectivas de su superación. Si estas cuestiones tienen un sentido para la economía global, las mismas afectan también necesariamente a la agricultura, parte integrante del sistema social.

En definitiva, estas diferencias de punto de vista revelan varios ámbitos importantes de reflexión, que es urgente abordar.

El primero de ellos consiste en investigar si la crisis económica no es más que un paréntesis en una evolución más larga que no es cuestionada (ruptura coyuntural) o si, por el

(1) P. Greiner: «L'agriculture et la crise. Ruptures dans les series nationales agricoles». Reunión de la SFER (Société française d'économie rurale), Paris, 23-24 abril, 1980. 5 págs. Los artículos han sido publicados más tarde en *Economie Rurale*, n.º 138, julio-agosto, 1980, y 139, de septiembre-octubre, 1980.

contrario, es la manifestación de una profunda crisis del modo de crecimiento seguido después de la posguerra, que cerraría una etapa de la historia del capitalismo. En este último caso, convendría entonces interrogarse sobre las posibles salidas a la crisis. Esta reflexión supera a la vez nuestras propias fuerzas y el marco de este artículo; será, por tanto, aquí evocada simplemente (2).

El segundo ámbito de reflexión se refiere más directamente a la agricultura y constituye el objeto de este artículo. Se trata de saber si la agricultura está ella misma en crisis y de qué manera (1. «la agricultura en crisis») o bien si la crisis agrícola no es sino la repercusión en este sector de una crisis económica global que le es externa (2. «la agricultura en la crisis»). Bien entendido que estas dos hipótesis no son excluyentes la una de la otra, y se sostendrá aquí el punto de vista según el cual la crisis agrícola presenta esos dos aspectos que se refuerzan con carácter mutuo. Esta reflexión debe desembocar, en su caso, en las perspectivas a considerar para el futuro (3. «la agricultura después de la crisis»).

Este artículo no constituye sino un primer paso en esta dirección, ya que la investigación no puede ser sino de largo alcance y colectiva. El texto que sigue presenta un conjunto de reflexiones e hipótesis que será preciso confirmar con posterioridad. La tarea es desgraciadamente global puesto que se apoya sobre datos estadísticos globales suministrados por la contabilidad nacional. Sabemos que esto constituye un fuerte obstáculo tratándose de la agricultura, cuya realidad es multiforme, según los sistemas de producción, las regiones etc. Sólo los trabajos de campo permitirán con posterioridad continuar este trabajo.

(2) No obstante, hemos participado, profesores adjuntos e investigadores de la Universidad de Grenoble, en una reflexión global sobre el tema «crisis y regulación en el marco de un seminario de tres años, animado por G. Destanne de Bernis y R. Borelly. Hemos integrado los primeros resultados de este análisis general en «Agricultures en question», cahier du CNEEJA, n.º 2, octubre, 1980. 135 págs. «La crise en trois tableaux», páginas 17 a 44.

1. LA AGRICULTURA EN CRISIS

Cuando, desde el período 1967-73, la industria da sus primeros signos de cansancio, la agricultura parece marchar bien: invierte mucho (endeudándose por completo), adquiere una creciente cantidad de productos industriales; produce cada vez más, mejor y menos caro; la productividad del trabajo progresa en ella con mayor rapidez que en los otros sectores; la balanza comercial de los productos agroalimentarios llega a ser excedentaria (1971).

En resumen, los agricultores franceses están en camino de conseguir lo que de ellos se esperaba: industrializar la agricultura y situarse en buena posición en la carrera europea. A ello se les había incitado, de manera muy intensa, en particular, con las leyes agrícolas de 1960 y 1962.

El cambio brutal que ha tenido lugar después de 1974 ha sido atribuido por muchos a una serie de hechos más o menos excepcionales y aislados: la crisis de la energía y los áleas climáticos. La materialidad de estos hechos no se pone en cuestión, pero poniéndolos por delante y con demasiada prisa, quizá se impida entender que *la fragilidad y la sensibilidad, muy fuertes, de la agricultura a estos dos acontecimientos revelan los límites alcanzados por un modelo de crecimiento* difundido desde hace ahora 30 años, un modelo que podemos decir que está «en crisis».

Pero antes de examinar esta hipótesis, describamos las principales evoluciones de este período.

1.1. Rupturas en las series estadísticas

a) Entre 1974 y 1978 la tasa de crecimiento de la producción agrícola decae en su ritmo. La evolución anual de las producciones (a precios constantes) del sector agrícola es la siguiente (3):

(3) SCEES: «Collections de statistique agricole», *Etude*, n.º 175, julio, 1979, pág. 168. En anexo se describe la evolución de las macromagnitudes de las cuentas de la agricultura (Evolución 1959-1979 de las producciones y precios).

Cuadro 1

	1959-1974	1974-1978	1978-1980
Conjunto de las producciones	3,1 %	0,6 %	5,0 %
Productos animales	2,5 %	0,8 %	—
Productos vegetales	3,8 %	0,3 %	—

No obstante, una clara recuperación de la producción tiene lugar en 1978 y 1979 y parece confirmarse para 1980 (4). El nivel de 1974 ha sido, pues, alcanzado y superado. Considerando esta única serie estadística, podría, pues, sostenerse la tesis de una ruptura coyuntural y dar razón a P. Greiner.

Paralelamente, la evolución de precios agrícolas, poco favorable de 1960 a 1968, ha ido mejorando progresivamente hasta 1973 para deteriorarse de nuevo más tarde (con la excepción de 1976, año de la sequía) (5).

b) La progresión de los consumos intermedios en volumen presenta igualmente una clara ralentización después de 1974.

Cuadro 2

Evolución de los consumos intermedios a precios constantes (6):

	1959-1974	1974-1978	1978-1980
Conjunto de consumos intermedios	6,8 %	2,8 %	4,6 %
De los cuales, autoconsumo agrícola	0,2 %	2,2 %	—

El examen más detallado de la evolución de los consumos intermedios de origen industrial impedía hablar de una recuperación al fin del período. Los resultados del año 1976 (+ 7,2 %) están manifiestamente ligados a la sequía y la cota de 1978 (+ 8,6 por 100) queda aislada. Por el contrario,

(4) Los datos provisionales para 1980 indican un aumento en volumen de las ventas de un 4,3 por 100. *Bulletin d'Information du Ministère de L'Agriculture*, n.º 916, 24/30 noviembre 1980, págs. 23 a 85.

(5) En anexo se ofrecen los precios de los agregados de la contabilidad nacional de 1959 a 1979.

(6) SCEES, «Collections de statistique agricole», *Etude*, n.º 175, julio de 1979, páginas 169 y anexos. Cuentas a precios constantes (francos de 1970).

1980 señala un nuevo freno (+ 2,4 por 100) en conexión con la segunda gran alza del precio del petróleo.

La ralentización es particularmente fuerte para la alimentación animal (del 10 por 100 anual antes de 1972, al 4,3 por 100 después) y para los abonos, que son las dos principales partidas.

Paralelamente —hecho nuevo—, los autoconsumos de productos agrícolas vuelven a crecer a partir de 1977. Desde al menos 15 años, su volumen permanecía estable y su proporción en el conjunto de los consumos intermedios disminuía de manera regular (del 58,2 por 100 en 1959 al 30 por 100 en 1976).

Estos dos movimientos están manifiestamente ligados. La crisis ha debido favorecer la sustitución de compras en el mercado por algunos autoconsumos. Tal es sin duda el caso para la alimentación animal. No obstante, esta nueva tendencia permanece aún débil y será preciso confirmar, en los años venideros, si este cambio es significativo de una diferente orientación del crecimiento agrícola.

La reducción para los agricultores de sus consumos intermedios está evidentemente vinculada a la evolución de los precios de estos productos o servicios. Hasta 1973, aquéllos progresaban a un ritmo de casi un 3 por 100 anual. A partir del alza excepcional de 1974 (+ 24 por 100), el ritmo se estabiliza hasta 1979 en un 7,5 por 100 al año, volviendo a recuperarse, no obstante, en 1980 (15,5 por 100).

c) El valor añadido bruto de la agricultura (a precios constantes) ha aumentado en 1,1 por 100 anual desde 1959 a 1974; esta tasa ha llegado a ser negativa (1,1 por 100) de 1974 a 1978, teniendo en cuenta una muy fuerte caída en 1975 y 1976, (cercana al 11 por 100). También aquí ha tenido lugar una recuperación en 1978 y 1979, que ha permitido alcanzar el nivel de 1973. Los datos provisionales para 1980, no obstante, hacen aparecer una nueva recaída.

Las diferencias se ahondan entre los valores añadidos bruto y neto, el segundo de los cuales ha sido prácticamente estacionario desde 1970 a 1978 (+ 0,1 por 100). Esto es de-

bido a la importancia de las amortizaciones correspondientes a inversiones ya comprometidas.

Por añadidura, las variaciones son cada vez más irregulares y amplias en relación a la tendencia a largo plazo (7), lo que sin duda refleja la mayor fragilidad o dependencia de la producción agrícola respecto a sus aprovisionamientos en productos industriales y áleas climáticos. Este nuevo hecho es muy característico de la situación actual.

d) *La productividad del trabajo agrícola*, medida a través de la evolución del valor añadido por trabajador (productividad aparente), conoce en el conjunto de la economía, una brutal ralentización.

Cuadro 3

Evolución anual del valor añadido bruto por cabeza, en francos del 70 (8).

	% 1963-1973	% 1973-1979
Agricultura	7,2	2,9
Industrias de manufacturas	6,1	3,8
Comercio	2,7	1,7
Conjunto de la economía	5,1	2,9

La rápida evolución de la productividad del trabajo agrícola después de la posguerra (más elevada que en los otros sectores) era debida no a la fuerte progresión de la producción agrícola (tendencia del 3 por 100 como máximo), sino al efecto vinculado de dos factores: la amplitud del éxodo agrícola y el aumento de los medios de producción (sustitución capital-trabajo).

Los límites parecen surgir a esta sustitución, y no sólo en la agricultura. Un aspecto importante de la crisis, en efecto, es la inflexión de las mejoras de productividad en el actual estado de las técnicas, principalmente en las formas de acu-

(7) Véase en el anexo estadístico, la curva de evolución del valor añadido bruto.

(8) P. Dubois (INSEE): «La rupture de 1974». Reunión de la SFER ya citada, 44 págs., pág. 12. *Economie rurale*, n.º 138, julio-agosto, 1980 ó *Economie et statistique*, n.º 124, agosto, 1980, págs. 3 a 20.

mulación «intensiva» (en las que el coeficiente de capital es elevado) (9).

e) El crecimiento de *la formación bruta de capital fijo* (FBCF) ha sido fuerte y regular, en su conjunto, desde 1959 a 1973 (del orden del 5 por 100 anual). Después de 1974, se hace negativo (1974-78, -1 por 100 anual). Esta evolución es semejante a la de la industria de manufactura:

Cuadro 4

Evolución anual de la FBCF a precios constantes (10):

	%	%
	1963-1973	1973-1979
Agricultura	4,7	-0,3
Industria de manufactura	6,4	-1,2
Comercio	9,0	1,9

En este conjunto, las inversiones en material agrícola constituyen la mayor parte (casi el 70 por 100). El decrecimiento del volumen data de manera clara de 1974 (tendencia 1970-78: +2,1 por 100). Para el sindicato de constructores, este mercado no es sino un mercado de reposición (maquinaria, sobre todo). El volumen de inversiones en construcción es casi estacionario después de 1970 (tendencia 1970-78: -0,1 por 100, mientras que las plantaciones (huertos y viñedos) han caído brutalmente después de 1974 (tendencia 1970-78: -2,3 por 100).

Esta detención en el crecimiento de las inversiones ha de ser relacionada con la evolución de los consumos intermedios. La evolución de estas dos partidas está ligada, puesto que una nueva inversión puede traducirse en nuevas compras de productos o servicios. Pero es que además, en períodos de incertidumbre económica, puede ser inversa si los agricultores sustituyen mediante consumos intermedios

(9) Ver: C. Lapierre-Donzel: «Etude en 7 secteurs de la croissance française entre 1950 y 1976» en *Statistiques et études financières*, serie orange, año 1980, n.º 42. págs. 35 a 69, pág. 49.

(10) P. Dubois: «La rupture de 1974», *crit. cit.* pág. 15. Las cifras para la agricultura comprenden material y construcciones, pero no plantaciones. Ver gráfico de la FBCF en el anexo.

nuevas las inversiones, privilegiando así el corto plazo en relación al medio plazo.

Las amortizaciones evolucionan con desfase en relación a la FBCF: crecimiento menos rápido que esta de 1959 a 1978, y más rápido de 1968 a 1978. Dicho de otra forma, pese al freno de las inversiones a partir de 1974, las amortizaciones continúan pesando actualmente en la renta agrícola, en el momento en que ésta se mantiene estacionaria, lo que dificulta de manera importante a los productores.

Lógicamente, el rendimiento físico del capital disminuye, lo que se expresa en que el volumen de producción obtenido por unidad de capital utilizado (capital circulante y capital fijo) es cada vez menos importante (11).

f) *El coeficiente de capital* (inversa de la relación precedente) ha progresado evidentemente de forma rápida:

Cuadro 5

Diversas estimaciones del coeficiente de capital en la agricultura (12).

Según:	1960	1970	1972	1975	1976
CNCA	2,45	3,09	-	-	3,85
BAC	-	-	2,2	3,0	2,9
Conjunto de la industria-INSEE	-	-	1,8	2,0	2,0

(11) Definido por la relación en volumen entre la producción (o el valor añadido) y los consumos intermedios y (o) la FBCF. Una análisis detallado (para los consumos intermedios) podemos encontrarlo en P. Marsal: «La baisse de la productivité du capital en agriculture et ses conséquences», reunión de la SFER ya mencionada, abril, 1980, 29 págs. más anexos; *Economie Rurale*, n.º 139, septiembre-octubre, 1980 (Según las escuelas de pensamiento, lo que para unos es la productividad del capital, no es para otros sino un rendimiento o productividad aparente).

(12) Se trata de la relación respecto al valor añadido bruto, del capital necesario para producirlo. En todos los casos, no se incluye ni el capital territorial ni las construcciones para alojamiento.

Fuentes: Caisse nationale de crédit agricole: *L'endettement de l'agriculture française*. Asamblea General del 18 de mayo de 1978, 32 págs., pág. 18. Son contabilizados (probablemente) el capital circulante, el capital vivo y el capital de explotación.

— Bureau Agricole Commun (BAC): «Capital et endettement en agriculture». *Cahiers du BAC*, n.º 78/2, junio 1978, pág. 28. Sólo es contabilizado el capital bruto fijo productivo, a efectos de establecer comparaciones con los datos del INSEE.

Este coeficiente es cada vez más elevado en la agricultura que en la mayor parte de las ramas industriales. Si se considera el capital per cápita, las diferencias son cada vez más considerables.

Al nivel económico global, una cierta ralentización aparece en la segunda mitad de los años 70; sería necesario poder confirmar si esta evolución se verifica también en la agricultura.

g) *El endeudamiento* de las explotaciones agrícolas se hace crítico. En valores corrientes, se ha multiplicado por 11,5 entre 1960 y 1978. La carga que el desembolso de los reintegros de los préstamos constituye para los agricultores puede ser relacionada con la renta agrícola (13).

Cuadro 6

	En miles de millones de francos					
	1970	1973	1975	1976	1977	1978
Endeudamiento a fin de año	48,0	71,8	92,0	106,5	120,6	126,5
Renta neta agrícola	29,8	41,8	43,4	45,1	47,7	49,6
Endeudamiento/RNA	1,6	1,7	2,1	2,4	2,5	2,6

Esta relación es la más elevada de todos los países de la Comunidad Económica Europea. El endeudamiento ha crecido más rápido a partir de 1973, en el momento en el que la renta agrícola iniciaba su retroceso. Podemos, pues, preguntarnos si no se traduce esto en una modificación de la naturaleza del endeudamiento. Este, en adelante, no tendría sólo como objetivo el cubrir las nuevas inversiones, sino el responder a las crecientes dificultades de los productores, sea para cubrir los riesgos de orden económico o climático, sea para compensar sus dificultades financieras (14). El he-

(13) Fuentes de endeudamiento: datos de la CNCA, recogidos en los *Cahiers du BAC*, 78/2, pág. 42. Rente Nete Agraria: series SCEES: *Collections de statistique agricole. Etude*, n.º 175, pág. 149.

(14) M. P. Bompard, J. P. Girard y G. Postel-Vinay se han dedicado a ilustrar esta hipótesis a partir de los datos de la RICE (Réseau d'Information Comptable Européen). Véase: «Le credit, les agriculteurs et la crise.» reunión de la SFER ya mencionada, abril, 1980, 8 págs. más anexos, *Economie Rurale*, n.º 139, septiembre-octubre. 1980. El informe ya citado de la CNCA expresa un punto de vista similar.

cho de que aumente la proporción de los préstamos a corto plazo a partir de 1973 confirma esta interpretación.

Efectivamente, en los créditos a medio y largo plazo del *Crédit Agricole*, los préstamos por calamidades adquieren cada vez más importancia (de un 4,5 por 100 en 1973 al 15,8 por 100 en 1978, sin hablar del 41 por 100 «excepcional» de 1977), casi tanto o más que los préstamos para las adquisiciones de tierra. Además, en las explotaciones intensivas (ganaderías sin suelo de manera particular), los anticipos de tesorería y los «créditos a suministradores» se han generalizado en estos últimos años. En numerosos casos, el endeudamiento nuevo es el único medio de hacer frente al reembolso de la anualidades de los créditos contraídos y a las múltiples dificultades financieras. El *Crédit Agricole*, por otro lado, se inquieta con esta situación y propone hacer más estrictas las condiciones técnicas y económicas de concesión de los préstamos.

h) La evolución regresiva de la *renta bruta agrícola* a precios constantes (15) es bien conocida: entre 1961 y 1974, progresaba alrededor del 4 por 100 anual. De 1974 a 1980 su evolución ha llegado a ser negativa (-1,2 por 100 anual), lo que significa que el poder de compra de los agricultores disminuye y que aumentan las distancias con el de los asalariados.

La evolución de la *renta neta agrícola* es todavía más desfavorable: la pérdida del poder de compra es del 4,3 por 100 anual de 1974 a 1980. Esto refleja con toda seguridad la creciente carga de las amortizaciones, de la que ya se ha hablado.

Las contabilidades nacionales, estimando que las 450.000 explotaciones que emplean menos de un activo a tiempo completo (en 1977) deforman los resultados globales del sector agrario, han introducido en 1979 un cálculo específico para las restantes 800.000 explotaciones («explotacio-

(15) Se trata de la *renta bruta agrícola media* (desde el punto de vista de la comercialización) por explotación, expresada en francos constantes (ver gráfico en anexo). Pueden hacerse muchas reservas al cálculo de esta renta que podemos considerar como sobreestimada. Cf. *Cahiers du BAC.*, n.º 79/4, diciembre, 1979, págs. 25-29.

nes profesionales»). Los resultados son, naturalmente, un poco mejores, pero no tanto, quizá, como habría podido imaginarse (sin embargo, en valor absoluto las desviaciones son más marcadas aún):

Cuadro 7

Evolución de la renta agrícola media en francos constantes,
base 100 en 1970 (16)

	1970	1973	1974	1979	1980
Renta bruta agrícola por explotación	100	127,8	121,7	118,4	111,5
Renta bruta agrícola por explotación a tiempo completo	100	132,2	126,1	127,2	120,5
Renta neta agrícola por explotación	100	128,7	117,7	104,7	94,8

Es preciso subrayar también que las pérdidas experimentadas por los agricultores habrían sido mucho más importantes sin las subvenciones excepcionales que han sido abonadas de 1974 a 1977 (casi un 4 por 100 de la renta bruta agrícola; véase anexo) y que reaparecen en 1980 (del orden de 4.000 millones de francos).

No olvidemos, por último, que las diferencias de renta según los sistemas de producción son bastante elevadas; varía de 1 a 4 entre los sistemas «grandes cultivos» y «vacuno-carne». Esto es igualmente cierto considerando sólo las explotaciones «profesionales».

i) Paradójicamente, quizá, la tasa de *éxodo agrícola* no guarda apenas relación con la evolución de la renta (renta bruta agrícola o RBA), o cuando menos, esta relación parece invertida.

(16) Según el *Bulletin d'Information du Ministère de L'Agriculture*, n.º 895, 12/18 mayo, 1980, pág. 22 y n.º 916, 24/30 noviembre, 1980, pág. 28; cifras de la comisión de cuentas de la agricultura.

Cuadro 8
Evolución comparada de la renta y del éxodo agrícola
(variaciones anuales) (17)

	%	%	%
	1970-1973	1974-1978	1977-1978
RBA/Explotación en francos constantes	+0,9	-0,3	-1,3
Número de explotaciones (cifras corregidas)	-3,2	-2,7	-2,1
Población activa agrícola total (INSEE-OSCE)	-5,5	-3,5	-2,0

Es, pues, en el momento en el que la renta evoluciona más favorablemente cuando la tasa de éxodo es más fuerte, mientras que cuando la renta se estanca, el éxodo disminuye su velocidad. Esto sugiere la idea según la cual los agricultores abandonan sus explotaciones cuando no obtienen rentas suficientes.

De hecho, el nivel absoluto de la renta agrícola por activo es siempre débil para un muy numeroso grupo de agricultores y el éxodo agrícola es siempre potencial (18). Pero para que se desencadene, es necesario que ellos tengan la posibilidad de acceder a empleos industriales o terciarios alternativos. Podemos, pues, plantear la hipótesis de que el éxodo ha disminuido su velocidad por la elevación del paro (volveremos a ello más adelante).

j) Todas estas evoluciones han perturbado evidentemente el *comercio exterior* de productos agroalimentarios.

(17) Datos sobre la RBA y el número de explotaciones, SCEES, Ministère de L'Agriculture. Datos sobre la población activa agraria citados por *Cahiers du BAC*, n.º 79/3 octubre, 1979, pág. 67. De hecho se trata de datos del INSEE de población media por rama de actividad.

(18) Cf. los datos del «analyse 1975», sobre la renta por categorías de explotación, que son, no obstante, aproximados. La comparación de la renta bruta de explotación por activo familiar a tiempo completo (UTAF) con el SMIC no tiene, desgraciadamente, apenas significación.

Cuadro 9

Años de inflexión en la evolución del comercio exterior (19)
(nomenclatura N. G. P. en 24 productos; en miles de millones de francos)

	1970	1971	1974	1977	1979
Exportaciones (FOB)	15,9	20,3	38,8	46,8	63,9
Importaciones (CAF)	16,4	17,4	29,0	50,5	57,2
Saldo	-0,5	+2,9	+9,8	-3,8	+6,7

En realidad, un análisis más detallado permite comprender lo que ha habido a la vez de pérdida de velocidad de las exportaciones, en relación con las evoluciones que se acaban de analizar, y de fuerte crecimiento de las importaciones, comprendidas en ellas los productos que compiten con los de la agricultura nacional.

¿Qué balance puede sacarse de todas estas series estadísticas? Los datos coinciden de manera importante: 1974 aparece con toda evidencia como una fecha clave; el período 1974-1978 permanecerá en los anales ¿Va a continuar esta evolución?

En 1978 y 1979, algunos indicadores han sido de nuevo más favorables: producción bastante importante, recuperación de los consumos intermedios y del valor añadido, balanza comercial con excedente... Los que querían no ver sino un incidente coyuntural en las evoluciones recientes, se reafirmarán en no seleccionar nada más que estos indicadores.

El año 1980, sin embargo, nos sumerge una vez más en un contexto cercano al de 1974: la renta agrícola disminuye en un 6,2 por 100 (-4,9 por 100 en 1974). Sin embargo, el alza de los precios del petróleo y de los consumos intermedios ha sido menos fuerte mientras que el aumento de la producción agrícola (en precios y volumen) ha sido más favorable ¿Continuará afirmándose que se trata de un año aislado, cuando de manera manifiesta el petróleo no lo explica

(19) Fuentes: Aduanas: datos recogidos en el *Bulletin d'Information du Ministère de L'Agriculture*, n.º 897, 8/26 mayo, 1980, pág. 10. Ver datos y gráficos en anexo.

todo de ningún modo? Podemos todavía tener por excepcionales estos siete años consecutivos de malos resultados: una renta agrícola que es más baja que la de 1972, las inversiones que no se han recuperado todavía, un endeudamiento crítico, una productividad del trabajo y un rendimiento de capital que no se restablece de manera clara del apretado número de fracasos...

Los precios, además, son inciertos para el futuro más próximo. Las discusiones que hoy tienen lugar sobre la reforma de la política agrícola común pueden llevar a una menor protección de los mercados.

De hecho, transpira la inquietud en algunas notas oficiales; la prospectiva deja entender que los cambios radicales se preparan todavía.

Paralelamente, se incrementan las tomas de conciencia campesinas sobre la crisis. Para buen número de agricultores, 1974 ha cerrado un período que se había iniciado con las leyes agrícolas de 1960-62: quince años de crecimiento rápido y bastante regular, de los que se han aprovechado a veces, a los cuales sucede ahora un período más incierto en el que las dificultades aumentan. Sus reflexiones se desarrollan sobre lo que ellos denominan «la puesta en cuestión del productivismo».

Parece efectivamente difícil admitir que después de 1980 todo volverá a ser de nuevo como anteriormente.

1.2. ¿El fin de la industrialización pesada?

El carácter capitalista del crecimiento agrícola de los últimos decenios puede apreciarse absoluta y relativamente. En 1952, el valor del capital bruto fijo productivo por cabeza era, en la agricultura, el más débil de toda la economía.

De 1952 a 1972, su crecimiento anual ha sido del 8,3 por 100, muy superior al de los restantes sectores de la economía (20). Una tasa de crecimiento tan elevada se explica

(20) *Fresque historique du système productif*, INSEE 1974; ver, asimismo, P. Dubois: «La rupture de 1974», artículo citado pág. 21: 1963-1973: + 8,6 por 100 anual.

tanto por la disminución de los activos durante este período (en su 50 por 100) como por el crecimiento del coeficiente de capital (ver cuadro 5). Relacionándolo con el valor añadido bruto, la formación bruta de capital fijo (FBCF) pasa del 10 por 100 en el período 1950-55, a casi el 15 por 100 en el período 1960-65, después alrededor del 20 por 100 en los años 1970 (contra el 13 por 100 en este mismo período para las IAA).

El alza de los consumos intermedios es el aspecto quizá más espectacular de esta evolución. Relacionada con el valor de la producción agrícola final, representaba el 25 por 100 en 1960, y casi el 45 por 100 veinte años más tarde (21). La disminución del valor añadido bruto (VAB) (22) es, pues, un rasgo a destacar de las agriculturas industrializadas. No obstante, esta evolución parece encontrar su techo en las agriculturas belga, británica, danesa y alemana. En estos países, en efecto, la cuantía de los consumos intermedios representa entre el 50 y el 55 por 100 del valor de la producción (Bélgica 60 por 100) y, desde ahora, no progresa más. Se aproxima pura y simplemente a la zona de los rendimientos decrecientes (su rendimiento marginal tiende a hacerse cero). En Francia, no obstante, la agricultura es relativamente menos intensiva que en la Europa anglosajona: Las firmas productoras de medios de producción pueden esperar ganar todavía cerca del 10 por 100 de la producción del valor agrícola final.

En otras palabras, si al principio de los años 60, los agricultores consagraban de media casi 1/3 del valor de la producción a las adquisiciones de productos industriales (capital fijo y capital circulante), esta proporción, hacia el fin de los años setenta, supera el 60 por 100 y tiende a ser los 2/3 en los países más industrializados, lo que constituiría un techo de los mismos. Si a esto se añade las cargas de explotación, casi un 10 por 100 del valor de la producción, se constata que la proporción de la renta neta resulta cada vez más limitada.

(21) Comptes de l'agriculture française SCEES-INSEE. Están excluidos los autoconsumos agrícolas; Está comprendida la TVA.

(22) Cf. anexo.

Esto ilustra la mayor fragilidad y dependencia de las explotaciones agrícolas. Con costes calculados con exactitud y márgenes de rentabilidad muy escasos, si no inexistentes, las explotaciones no están en equilibrio más que en un año de tipo medio. Por el contrario, si los precios se modifican o si sobrevienen áleas climáticos o sanitarios, este equilibrio queda comprometido en seguida.

Estas tendencias se manifiestan en el momento en que el modelo de industrialización de la agricultura encuentra otros límites:

a) Límites para la sustitución del trabajo por capital. Con un 7 a un 8 por 100 de la población activa total de media (con, por supuesto, fuertes disparidades regionales), hay ahora exactamente más activos agrícolas que parados... Los umbrales de desertificación están alcanzando desde ahora una porción muy amplia del territorio (¿25, 30 por 100?), hasta el punto que las «oficinas de recepción» son en ocasiones instaladas por la administración (DATAR) en las zonas desheredadas (Haute-Provence) para alentar el retorno a la tierra de los residentes en las ciudades.

Esto resulta menos cierto para zonas fuertemente agrícolas del gran oeste y del sur-oeste, donde los activos agrícolas representan todavía casi el 20 por 100 del total de activos. No obstante, allí como en otros sitios, la tasa de éxodo disminuye a partir de 1975.

b) Límites ecológicos encontrados por un modelo de industrialización largo tiempo basado en el saqueo o el agotamiento de los recursos naturales. Los problemas de densidades animales (Bretagne), de pérdida de humus (Champagne), de extensión del erial, de erosión, de inundaciones (supresión del *bocage* bretón), etc. son tales que aparecen en adelante costos allí donde las prácticas culturales y los sistemas de producción intensivos eran hasta ahora fuente de beneficios (23).

(23) No podemos desarrollar aquí este punto; nos remitimos principalmente a los trabajos del profesor Noïrfalise de Gembloux (Bélgica), y en particular a: «Conséquences écologiques de l'application des techniques modernes de production en agriculture». *Informations internes sur l'agriculture CEE*, n.º 137, noviembre 1974. Este estudio está en fase de actualización.

c) Límites en la dependencia exterior de la producción agrícola para su aprovisionamiento. El modelo de industrialización de la agricultura difundido en Europa después de la posguerra (desde 1920 en las zonas más favorecidas) ha sido importado de Estados Unidos, con algunos bienes de equipo (maquinaria) o algunos consumos intermedios (soja...) que le correspondían. Cada «mejora» aportada a este modelo ha repercutido en seguida en Francia, de suerte que la agricultura ha llegado a ser fuertemente importadora (oleaginosas, alimentos compuestos, material agrícola, abonos químicos, energía...) en el momento mismo en que se le pedía exportar. Además, estas importaciones ignoran cada vez los recursos nacionales sustitutivos (oleaginosas proteicas, proteínas animales, recursos forrajeros...).

d) Límites clásicos en la evolución de los mercados alimentarios.

Cuadro 10

Crecimiento anual medio del volumen de la producción de las industrias agroalimentarias (IAA) y del consumo (24)

	% 1959-64	% 1964-68	% 1969-74	% 1974-79
Producción IAA	3,8	4,5	3,5	3,0
Consumo productos de las IAA	3,6	3,9	3,4	2,4
Consumo todos los bienes y servicios	6,1	4,4	5,2	4,1

Se trata de un fenómeno estructural (saturación de la demanda), reforzado por la evolución demográfica y, en estos últimos años, por el freno del poder de compra de los hogares.

e) Límites al endeudamiento de la agricultura, cuya importancia hemos descrito anteriormente (ver cuadro 6); al menos en la agricultura intensiva, ya que el Crédito Agrícola considera que hay todavía clientes potenciales importan-

(24) M. Delattre (INSEE): «Les industries agricoles et alimentaires: croissance et crise», reunión de la SFER ya citada, 23 págs., págs. 4 y 6. Publicadas en *Economie Rurale*, n.º 139, septiembre-octubre, 1980.

tes en las zonas de agricultura menos intensiva donde el endeudamiento es más débil.

Por todas estas razones, parece que la crisis de la agricultura sea en efecto la crisis de un modelo técnico económico de crecimiento rápido, cuantitativo y poco racional (sobreequipamiento de las explotaciones agrícolas, aumento de los costos de transportes). Después de treinta años en los que se ha, sobre todo, alentado a los agricultores a invertir y producir, gracias a una política de dinero fácil (bonificación de intereses, débil fiscalidad, subvenciones), se nos compromete más bien en la política selectiva centrada en la reducción de los costos de producción (inversiones de racionalización antes que de capacidad). El período de «industrialización pesada» de la agricultura parece, pues, agotarse, si no para todas las explotaciones, por lo menos para aquellas que no pueden esperar alcanzar el nivel de eficacia económica requerida para los próximos decenios.

2. LA AGRICULTURA EN LA CRISIS

Hemos centrado hasta aquí el análisis en la situación de la agricultura. En esta ocasión, hemos subrayado que los cambios agrícolas iban en el mismo sentido que las evoluciones generales. De hecho, la crisis agrícola constituye parte de la crisis general. Los síntomas y las contradicciones son del mismo orden. Podemos intentar enumerar algunas características generales de esta crisis antes de analizar la influencia que la misma ejerce en la agricultura.

2.1. Características generales de la crisis

2.1.1. *Agotamiento de factores favorables*

Observando con detenimiento, el período de crecimiento de 1950 a 1973 parece haber sido facilitado en gran medida por una serie de fenómenos y coherencias que han podido parecer, durante un tiempo, eternos. Entre estos podemos retener principalmente:

— Un crecimiento particularmente sostenido de los bienes de consumo (ver páginas anteriores), que ha dinamizado el conjunto de la economía sirviendo de mercado para el sector de bienes de equipo. Este crecimiento no es sólo cuantitativo. Viene acompañado de una sofisticación de la naturaleza y forma de los bienes consumidos (duraderos y perecederos), que ha necesitado una complejificación de las técnicas de producción (aumento de las curvas de producción) (25). No obstante, este sistema de crecimiento, fuente en principio del dinamismo, viene acompañado de un entorpecimiento progresivo del sistema productivo mientras que las salidas de los bienes de consumo han comenzado a verse limitadas. Aparece entonces un cansancio en la rentabilidad de la producción al principio al nivel de las industrias de bienes de equipo, después al nivel de las industrias de bienes de consumo.

— Estas dificultades han sido paliadas mediante una serie de estrategias o de factores favorables (26) entre los cuales podemos citar: desarrollo del trabajo a destajo; recurso a fuentes de mano de obra barata (agricultura, trabajadores inmigrantes, trabajo femenino); intervención del Estado en los sectores sensibles o estratégicos y asunción a su cargo mediante los gastos públicos de una serie de actividades o servicios poco rentables; recurso sistemático a materias primas baratas (minerales, petróleo, productos agrícolas); no consideración de los costos de producción de la naturaleza y del medio ambiente (polución), etc.

Estos factores no han intervenido todos en el mismo momento, pero ninguno de ellos era eterno, y, uno tras otro, han ido encontrando los límites a su aplicación.

2.1.2. *El impacto del proceso de internacionalización*

Los procesos que se acaba de describir han potenciado de manera importante la búsqueda más sistemática de mer-

(25) Véase en este sentido: H. Bertrand: «Une nouvelle approche de la croissance française de l'après-guerre: l'analyse en sections productives». *Statistiques et études financières*, Collect. Orange 1978, n.º 35, págs. 3-36.

(26) Nos apoyamos en particular en el análisis de G. Destanne de Bernis: «Quelques hypothèses su la crise», 81 págs. manuscrito. Seminario de investigación «Crise et regulation» Université des Sciences de Grenoble, 1979-80.

cados en el exterior; pero, en el momento en que esto parecía posible (devaluación de 1969 en particular), la penetración de los productos extranjeros en el mercado interior estaba ya bastante avanzada. El proceso de internacionalización (de los intercambios y de la producción) estaba iniciado, pero la economía nacional obtenía con ello menos ventajas que inconvenientes. El peso de las firmas multinacionales ha crecido en la economía, a través de una compleja red de relaciones económicas y financieras, en la que un creciente número de empresas nacionales han sido implicadas. El sector de las industrias agrícolas y alimentarias ha entrado en este proceso, desde mediados de los años sesenta.

La era de la transnacionalización que así ha sido abierta ha tenido un efecto desestructurante del sistema productivo: cuestiona el marco nacional como lugar principal del funcionamiento de la competencia y de los mecanismos económicos; cuestiona las políticas estatales como medio privilegiado de regulación de esta competencia y de estos mecanismos; las firmas multinacionales y sus estrategias casi no son controlables por un Estado para el que ellas no constituyen «sujetos» económicos.

Y, sin embargo, ningún otro poder de regulación, ninguna institución capaz de orientar y de controlar, existe todavía realmente a nivel internacional. Sólo pueden ser anotados los intentos de concertación (trilateral, cumbre de Jefes de Estado, discusiones comerciales en el seno del GATT...) Incluso a nivel regional (Europa occidental), las instituciones existentes (CEE) no tienen todavía sino un poder económico frágil y limitado, que no está exento de contradicciones internas.

Estos factores generales han afectado a la agricultura por diversos motivos. La coherencia entre crecimiento agrícola y crecimiento industrial, característica del período 1950-1970, se ha roto a diferentes niveles: equilibrio entre éxodo agrícola y empleos industriales, dinamismo de los sectores de medios de producción en la industrialización de la agricultura, aprovisionamiento de las industrias alimentarias por la producción agrícola nacional, precios relativos

industria-agricultura y consumo (inflación), flujos financieros entre zonas rurales y zonas urbanas, etc.

Vamos a centrar los desarrollos que siguen en cuatro puntos particularmente sensibles, que son origen de los mayores desequilibrios.

2.2. Paro, éxodo, intensificación

Después de 1975, las estadísticas registran (en la realidad parece darse desde 1973-74) una menos rápida disminución del número de explotaciones y activos agrícolas (ver cuadro 8).

Este freno se refiere muy particularmente a las explotaciones de menos de 20 Ha, para las que la tasa de desaparición era del 5 al 6 por 100 anual antes de 1975. Es cierto, no obstante, que después de haber hecho fracasar en veinticinco años casi la mitad de sus explotaciones y activos, la agricultura no podía continuar el mismo ritmo en el curso de los siguientes decenios (la curva de evolución es necesariamente de forma logarítmica).

A partir de entonces, de 20 a 25.000 explotaciones desaparecen cada año (período 75-79) en lugar de las 50.000 del período de 1963-75; lo que corresponde a casi 60 u 80.000 activos (familiares y asalariados) al año que renuncian a partir (jubilación, emigración). Hay, por supuesto, en este movimiento fuertes diferencias regionales que van a modular las consecuencias en el plano espacial.

Podemos hacer, al menos, la hipótesis de que en este cambio, si no creado por la crisis, si es ampliado en sus efectos, por ella. Tres niveles diferentes de reacciones pueden distinguirse:

— Los agricultores en edad de jubilarse tienen tendencia a mantenerse en la actividad. En período de crisis económica e inflación, vivir simplemente del IVD (*Indemnité viagère de départ*) o del subsidio de jubilación agrícola, es sin duda insuficiente. Estos recursos, en efecto, están muy devaluados. Prolongar la duración de la actividad puede parecer

más seguro. De hecho, el número de beneficiarios del IVD ha disminuido a la mitad después de 1975.

El éxodo de las ayudas familiares, que era del orden del 5 por 100 anual antes de 1975, ha disminuido su ritmo, pero su edad media podría igualmente aumentar (el censo de 1980 permitirá verificarlo). Son ellos los más sensibles a la dificultad de encontrar un empleo como consecuencia de la situación de paro. Esto les incita en primer lugar a retrasar su decisión de permanecer o de partir más tarde y eventualmente a decidir el reincorporarse a la explotación familiar. Este plazo de reacción sin duda explica que este movimiento no sea aún muy sensible en las estadísticas (de 1977), aunque se le constata claramente ya en el terreno.

El éxodo de los asalariados es, asimismo, menos fuerte después de 1975 (2,7 por 100 anual en 1976-77 en lugar del 5,5 por 100 de 1970 a 1975). Dos factores pueden explicarlo: para los empleadores, los límites a la sustitución del capital (ver anteriormente); para los asalariados, la disminución de las oportunidades de empleo alternativas como consecuencia del paro.

Estas tres constantes nos impulsan a admitir una relación bastante clara entre la disminución de ritmo del éxodo y la situación de crisis. Sin embargo, esta relación es contestada por algunos para quienes el cambio de sentido se explicaría sobre todo por factores demográficos (27): Hay menos agricultores en edad de jubilarse (cohortes vacías de 1914-18) y más ayudas familiares en situación de instalarse (cohortes completas de los años 50). Para estos autores, el fenómeno es pasajero y, a partir de 1985, la tasa de éxodo debería ser de nuevo tan (e incluso más) importante que en 1975.

La pirámide de edades es sin lugar a dudas incontestable. Nos muestra el número de agricultores «en edad de» ju-

(27) Este es el punto de vista desarrollado por M. Blanc en «Emploi agricole et crise», reunión SFER ya citada, abril, 80, 19 págs., y por G. Honore: «Crise économique et emploi agricole», en la misma reunión, 3 págs.; artículo recogido en «Economie rurale», n.º 138 y 139, julio-octubre, 1980. Ver, asimismo, M. Gombert: «Le declin de l'emploi agricole: ralentissement passager», *Economie et Statistique*, n.º 117, diciembre, 1979.

bilarse o «en edad de» instalarse. Esta base es objetiva. Pero los fenómenos económicos pueden influirla o modificarla en sus efectos. Las evoluciones observadas pueden tener a la vez causas demográficas y económicas. El análisis demográfico, en consecuencia, por refinado que sea, no permite conocer las razones de las reacciones de los agricultores ni contestar la hipótesis que hemos avanzado a base de algunas observaciones recogidas en el terreno. Una más sistemática investigación debería intentar confirmarla.

Si tal es, pues, la tendencia —y verdaderamente no se ha manifestado todavía, ni se han podido constatar, todos sus efectos— debe deducirse de la misma una mayor presión en la instalación de los jóvenes agricultores en un momento en que se hace más difícil dicha instalación: la cantidad de tierra (y de explotaciones) disponible es menor (jubilaciones retrasadas) y la superficie media de instalación disminuye (las explotaciones con menos de 20 Ha son las más afectadas). Este desequilibrio entre la oferta y la demanda en el mercado de la tierra tiende a aumentar el precio de las tierras.

La única perspectiva posible para los jóvenes que quieren instalarse es la intensificación de la producción para obtener, pese a todo, una renta suficiente. Es precisamente este el momento en que, bajo los efectos de la crisis, este tipo de producción conoce las mayores dificultades. Si estos agricultores quieren permanecer, deberán innovar; de hecho ya innovan... (28).

2.3. Inflación y renta agrícola

La inflación es transmitida rápidamente a la agricultura, pero, como ya es clásico, mucho más fuertemente para los precios de los bienes de equipo y consumo intermedio que para los precios de los productos agrícolas. De 1973 a 1979, las horquillas de la evolución anual de estos diferentes precios son las siguientes:

(28) Véase el análisis de F. Pernet sobre este extremo.

	%
Consumos intermedios	9 a 10
F. B. C. F.	11 a 1
Precios percibidos por agricultores	6 a 7

Una parecida situación se había ya presentado antes de 1968; la agricultura, por este camino, transmitía al resto de la economía una fracción del valor que creaba. La situación de entonces no tenía, sin embargo, la amplitud de la actual crisis. Esta es tanto más difícil de soportar por los agricultores cuanto que el período precedente (1969-73) les había sido mucho más favorable, lo que les había animado a invertir y aumentar sus compras en el marco de los sistemas de producción más intensivos.

Los poderes públicos han contribuido ampliamente a contener la evolución de los precios agrícolas, amparándose principalmente tras las exigencias de la política agrícola común. Pero de todas maneras, el poder de negociación de los agricultores es tanto más débil cuanto más fuerte es la inflación. Se pone, en efecto, con bastante facilidad por delante el papel de arrastre que jugarían los precios agrícolas en la espiral inflacionista. Este argumento es falaz, lo podemos mostrar fácilmente (ver epígrafes 3.1.1.) Por el contrario, es a través de los precios cómo la agricultura es la más directamente, y a corto plazo, afectada por la crisis.

La inflación y su efecto depresivo sobre la renta agrícola ha tenido otro impacto importante alentando el endeudamiento de los agricultores: con la baja de la renta las posibilidades de autofinanciación se reducen cuando la tasa de inflación hace atractiva la contracción de créditos; éstos, además, permiten a los agricultores, en un período crítico, escalonar en el tiempo la carga de sus inversiones actuales, anticipando una posterior mejora.

Esta situación del endeudamiento agrícola motiva una más estricta reglamentación de los préstamos subvencionados. Estos tenderían a ser reservados a los agricultores que se instalen (préstamo de instalación) y para los restantes jefes de explotaciones, en el marco de contratos de financia-

ción global. Desde ahora y en adelante la proporción de los préstamos subvencionados en el conjunto de los préstamos del *Crédit Agricole* ha pasado del 58,8 por 100 en 1976 al 41,6 por 100 en 1978.

2.4. Moneda, precios y comercio exterior

La crisis monetaria y la inflación repercuten muy directamente en la fijación de los precios comunitarios. El paso a los cambios flotantes y las divergencias de las evoluciones monetarias (D M., florines, franco belga, contra lira, libra y franco francés) ha hecho estallar el sistema de precios únicos fijados por la PAC para cada producto.

— Por una parte, los correctivos, de tipo administrativo, planteados (monedas verdes, montantes monetarios compensatorios) se han revelado insuficientes para contrarrestar las evoluciones monetarias «espontáneas», y no pueden jugar, sino con retraso en relación a éstas, de suerte que el efecto corrector nunca juega a satisfacción.

— Por otra parte, la divergencia de las tasas de inflación de un país a otro (las desviaciones máximas han sido del orden de 10 puntos entre la de Italia o el Reino Unido y la de Alemania Federal), hace imposible la adopción de una tasa de crecimiento anual de los precios agrícolas que satisfaga los intereses de cada país. Un alza de los precios mínimos es modulada por ello cada vez, por el juego de las devaluaciones-revaluaciones de las monedas verdes.

En resumidas cuentas, los países con moneda fuerte y tasa de inflación reducida están en franca ventaja en relación a los demás. Las exportaciones de los países del primer grupo son fuertemente alentadas, así como la sustitución de su producción nacional, en las corrientes tradicionales de importaciones (caso típico de la RFA, tradicionalmente importadora de productos agroalimentarios, quien disminuye sus importaciones de carne y se aplica a exportar mantequilla, queso y azúcar).

Recíprocamente, la situación francesa sufre por estas nuevas condiciones del desarrollo de la competencia intracomunitaria. Muy beneficiado por esta concurrencia hasta

1974, el comercio agroalimentario francés se ha degradado entre 1975 y 1978 (ver cuadro 9 y anexo) bajo la conjunción de dos tendencias de las que podemos preguntarnos, pese al éxito obtenido en 1979, si sus efectos se han agotado:

— Aumento menos rápido de las exportaciones a partir de 1974. Las perturbaciones presentadas anteriormente, se dice, están probablemente en la raíz de las mismas, pero no lo explican todo. Se da también el hecho de que los precios de los productos franceses han llegado a ser menos competitivos en relación a los de algunos de nuestros asociados. A este propósito se cita naturalmente el ejemplo del mercado italiano de productos lácteos en el que la República Federal Alemana ha adelantado a Francia. Podemos subrayar también las mayores dificultades que los exportadores franceses encuentran para dar salida a la mantequilla, la carne de vacuno e incluso los cereales.

— A partir de 1976, el ritmo de evolución de las importaciones agroalimentarias (en valor) se ha elevado extraordinariamente. La evolución de las cotizaciones de los productos tropicales (café, cacao, aceites...) en 1976 y 1977 lo explica en una parte. La elevación de las importaciones de soja y de mandioca explica otra. Sin embargo, hecho nuevo, desde ahora se importa no solamente mucha carne, grasas y aceites, sino también frutas y legumbres y productos lácteos.

Esto significa, pues, que el comercio exterior de productos agroalimentarios se ha hecho más frágil y más aleatorio puesto que su equilibrio está condicionado a la vez por las fluctuaciones de las cotizaciones en el mercado mundial, por las variaciones de las tasas de cambio, el ritmo de inflación, la evolución de los sistemas de producción intensivos, la competitividad de los restantes asociados de la Comunidad Económica Europea, etc. Estos diferentes factores pueden recortar poco a poco los puntos fuertes del comercio exterior francés.

Para los agricultores, esto quiere decir también que sus mercados se reducen, cuando la Comunidad Económica Europea importa todavía dos veces más de lo que exporta. Es preciso no olvidar que la CEE absorbe el 65 por 100 de las exportaciones agroalimentarias francesas.

2.5. Crisis de la industria de medios de producción, crisis de la industria de transformación y de comercialización de productos agrarios

La industria de medios de producción y la industrialización y comercialización de productos agrarios han sido afectadas evidentemente por la crisis: la agricultura, estrechamente integrada en ellas, experimenta un cierto número de consecuencias (29)

En la corriente arriba (l'amont), la crisis no es reciente, como consecuencia en particular de la competencia internacional muy viva.

Para la industria de fertilizantes, los problemas nacen de la dificultad de dominar las materias primas, de la importancia de los capitales utilizados y de la descentralización muy fuerte de la distribución. La pérdida de ritmo de la demanda de los agricultores que sigue a las fuertes alzas de 1974, después el paso a una utilización más racional (aumento de los análisis de suelo) han acabado de agravar las dificultades de este sector.

Se estancan los mercados de la industria de maquinaria. Esto es sin duda más claro, para el material de cultivo que para los equipos de establos y las instalaciones fijas. Pero también en este sector la crisis ha tenido por efecto reforzar la competencia internacional, ya muy fuerte.

Finalmente, la crisis de estas industrias repercute en primer lugar y a corto plazo sobre los agricultores a través del efecto-precios, pero, a más largo plazo, obliga a las firmas a revisar sus estrategias cara a la agricultura modificando el modelo técnico que las mismas difunden en ella.

En la corriente abajo (l'aval), la crisis ha tardado más tiempo en manifestarse. Esto es debido principalmente a la más tardía baja de la demanda interior de productos agroalimentarios y a una penetración en los mercados de exportación. También es debido al crecimiento menos rápido de

(29) Estos aspectos son abordados con mayor detalle por las contribuciones de P. Bye y de A. Mounier. Nos contentamos aquí con esbozar algunas grandes líneas de reflexión.

los precios de los productos agrícolas que el de los productos alimentarios, que ha permitido a las IAA compensar el descenso de sus beneficios mediante una extracción sobre la agricultura. Así, de 1974 a 1979, las desviaciones de la evolución anual son notables entre:

	%
Los precios de los productos agrícolas	+ 7
Los precios de los productos de las IAA	+ 9,8
Los precios del producto interior bruto	+ 11

Sin embargo, los efectos de la crisis de las IAA son muy desiguales teniendo en cuenta la diversidad del sector. Mientras que los mayores grupos que monopolizan la segunda transformación continúan invirtiendo, la cooperación agrícola y las pequeñas y medianas empresas deben asumir actividades que por su baja rentabilidad ya no interesan a las primeras. Unas y otras, diferentes en vías y objetivos, serán llevadas a repercutir en la agricultura las presiones nacidas de estas reorientaciones.

Los sectores corriente arriba y corriente abajo de la agricultura contribuyen de manera importante, como consecuencia, a redefinir la posición de la agricultura en la economía global.

3. LA AGRICULTURA DESPUES DE LA CRISIS

La agricultura, alimentadora de hombres, ha jugado siempre en la economía un papel específico puesto que su producción era constitutiva de los salarios de la población obrera. Con la fase de industrialización de la agricultura (30), esta función principal ha sido complejificada por la adición de funciones adjuntas. Por último, con la crisis, la agricultura es quizá banalizada; su posición en la economía capitalista puede verse modificada profundamente.

(30) No volvemos aquí sobre el debate teórico de la industrialización de la agricultura, que ya habíamos intentado clarificar en A. Mollard: *Paysans exploités*, Presses Universitaires de Grenoble, 1977. 244 págs., págs. 18-24.

3.1. La industrialización de la agricultura y la «frontera»

A partir de la posguerra, la agricultura ha jugado un importante papel en la dinamización de la economía capitalista, a través de su proceso de industrialización. Con la crisis, las diferentes funciones aseguradas por la agricultura en beneficio de la economía capitalista se modifican, agotando sus efectos, o transformándose incluso con contradicciones. Examinemos estos cambios, comenzando por los más tradicionales, de sus funciones.

3.1.1 *Alimentar a los hombres*, en una economía capitalista, significa participar en la determinación del valor de la fuerza de trabajo, y con ello en los niveles de salario. Merced a la baja del valor unitario de los productos agrícolas y alimentarios y a la modificación del modo de consumo, la participación de estos productos en el presupuesto medio de los hogares ha pasado de más del 30 por 100 a principio de los años 60 al 22 por 100 en 1978.

El fuerte aumento de la productividad del trabajo agrícola (ver cuadro 3) desde hace treinta años ha beneficiado directamente a quienes desembolsan los salarios obreros.

Pero, junto con este movimiento, la participación de la agricultura en el valor de los productos alimentarios disminuye de manera regular, en el punto y medida en que aquéllos son objeto de transformaciones más elaboradas. Esta participación ha caído actualmente en alrededor del 50 por 100.

Dicho de otra forma, el valor de los productos agrícolas ha llegado a ser muy escaso en el consumo de los hogares: 11 por 100 según el cálculo precedente; del 6 al 7 por 100, según la Dirección de la previsión (31). Dos consecuencias se deducen:

— Un alza anual de los precios agrícolas (interiores) del 7 por 100 repercute sólo en un 0,5 a 0,7 por 100 en el presupuesto de los hogares, en el supuesto de que éstos no

(31) C. Lapierre-Donzel: «Etude en sept secteurs de la croissance française entre 1950 et 1976». Artículo ya citado, pág. 42.

consuman productos importados. Esto esclarece de manera diferente el debate planteado precedentemente (en el párrafo 23) sobre el papel de la agricultura en la inflación.

— A través de las IAA, una producción capitalista sustituye progresivamente a una producción simple para el mercado a fin de asegurar la función de alimentación, que pierde así su especificidad y sus ventajas (desvalorización de un sector de producción).

3.1.2. En treinta años, la agricultura ha suministrado varios millones de activos a la industria, continuando así su papel histórico de *suministrador de mano de obra* al resto de la economía. Pero esta «mina» se agota necesariamente, tanto en cuanto se debilita la tasa de éxodo. La industria ha sabido, en efecto, encontrar otros «yacimientos» baratos, según decíamos. De todas maneras, la mano de obra de origen rural se hace cada vez más costosa y menos dócil, en la medida en que su nivel de educación se eleva y que sus aspiraciones se acercan a las de los restantes trabajadores. Por último, en período de paro, se pide a la agricultura más bien crear empleo que arrojar mano de obra al mercado de trabajo.

3.1.3 *La propiedad privada de la tierra* se traduce siempre por el pago de rentas de arrendamiento (y de «traspasos») y por la necesidad de readquisición de las participaciones de herencia en cada generación (compensaciones). A través de las compensaciones, el éxodo agrícola ha ido acompañado siempre de un éxodo de los capitales hacia la industria y las zonas urbanas, que vienen a reforzar el flujo de las rentas de arrendamiento y aparcería y de las adquisiciones de tierras a los no agricultores. Hagamos una estimación de estos flujos (sería necesario también contabilizar los «traspasos»).

Cuadro 11
Flujos financieros, ligados al uso del suelo en 1977

	<i>Miles de millones de francos</i>
Adquisiciones de tierra (fuente SCAFR)	6,6
Compensaciones estimadas por la CNCA	1,6
Arrendamientos y aparcerías (cuentas de la agricultura)	5,0
Impuestos sobre la tierra (cuentas de la agricultura)	1,7
Flujo total	14,9
En comparación: Ventas agrícolas	131,7
Formación bruta de capital fijo	17,0

En otras palabras, cada vez que un agricultor vende 100 francos de producto, gasta como media 11,50 francos por el uso del suelo, casi tanto como en la formación bruta de capital fijo.

En la suma así desembolsada, bien entendido, sólo una parte abandona la agricultura. Siendo poco elástico el mercado de la tierra (2 por 100 de las tierras son puestas en venta cada año), la concentración de la tierra exigida por el proceso de industrialización de la agricultura se ha traducido en el alza súbita de los precios del suelo, que aumentaba otro tanto la cuantía de los capitales transferidos fuera de la agricultura. En períodos de crecimiento relativamente fácil y eufórico, esta carga de la tierra no abrumaba en demasía los costes de producción agrícola (la eficacia técnica adquirida merced a la industrialización, permitía compensar ampliamente esta carga) y este flujo de capitales hacia la industria venía a reforzar las ventajas obtenidas por la economía capitalista de la actividad agrícola.

Las perspectivas actuales son diferentes. En un contexto de indispensable limitación de los costes de producción, de menor progreso de la productividad, de creciente competición europea, y de alza rápida del precio de la tierra, conviene limitar la incidencia de la carga territorial —la misma es claramente menos fuerte en la República Federal Alemana, por ejemplo— a fin de preservar la capacidad de inversión de la agricultura. La faceta territorial de la última Ley

de Orientación Agrícola considera precisamente el aislar el mercado agrícola del conjunto del mercado territorial e indexar el precio del suelo en su «valor agronómico» (¿un 20 por 100 menos caro?). Existe la intención política, pero también numerosos intereses contradictorios, de suerte que es todavía difícil decir si la tradicional hemorragia por el precio de la tierra está destinada a disminuir en su ritmo.

3.1.4 La agricultura, durante más de 30 años, ha constituido un *mercado interior* importante para las industrias de medios de producción, que disponían en 1955 de más de 2 millones de clientes potenciales (explotaciones). Esta «mina» ha sido sistemáticamente explotada, y las 1.200.000 explotaciones de hoy están provistas ampliamente de medios de producción industriales «clásicos» (sobre equipamiento), si bien subsisten desigualdades bastante fuertes. El mercado de maquinaria agrícola está estancado, siendo mucho más floreciente el del material de jardín. Sólo progresa aún el mercado del material de finca, si bien moderadamente. El mercado de fertilizantes no está todavía estructurado para las explotaciones ganaderas; sin embargo, la utilización por estas explotaciones de los fertilizantes orgánicos impide esperar se alcancen los mismos niveles de consumo que en producción vegetal. La agricultura de hoy, no es ya, pues, este mercado «virgen» en que se ha basado durante 30 años el crecimiento de las industrias de material agrícola, de fertilizantes, de alimentación animal, etc. Mientras que en 1960/64, las compras de la agricultura representaban el 15 por 100 del total de las cifras de negocio de las firmas de la química y la mecánica, en 1975/79 esta proporción se ha reducido en torno al 10 por 100. Si existe crecimiento, como consecuencia, éste no podrá darse más que para algunos productos específicos poco afectados por la crisis (fitosanitarios, productos ordinarios).

Bajo los diferentes aspectos que se acaba de describir, el proceso de industrialización de la agricultura a partir de los años 50 ha constituido para el capitalismo francés un tipo de «frontera interna» que se podía continuar desplazando, ganando cada vez un mercado interior a conquistar (olas sucesivas de la industrialización). Paralelamente, por su-

puesto, el proceso de internacionalización (Europa, países en vías de desarrollo...) constituían una «frontera externa», sin duda más importante, pero de diferente naturaleza. El interés de la industrialización de la agricultura reside en el hecho de que su adopción por los agricultores sea hecha (en lo esencial) según una racionalidad no capitalista, a través de la cual aceptaban lo que nunca hubieran podido aceptar los capitalistas: no sólo un débil nivel de remuneración del trabajo, sino también la realización de inversiones no rentables y no siempre justificadas, la colosal inmovilización que representa el patrimonio territorial, la docilidad y sumisión a los «organizadores» de la agricultura, la gratuita realización del trabajo de conservación de la naturaleza, etc. la existencia de una tal esfera cuya racionalidad, —producto de la historia— no era capitalista, ha sido explotada muy racionalmente por la economía capitalista. El contexto de la crisis nos hace proponer la hipótesis de que esta «frontera interna» está a punto de cerrarse. Si continúa la industrialización será en otra forma y con un distinto contenido.

3.2. ¿La tercera «nueva agricultura»?

La modificación que se acaba de subrayar significa que las leyes de funcionamiento de la agricultura campesina en el capitalismo se transforman. En particular, el análisis que hemos hecho, para el período 1950-1973, de las relaciones entre el proceso de industrialización de la agricultura, el modo de acumulación del capital y la regresión de las formas de producción campesina (32), debe ser revisado, pues no permite dar cuenta correctamente de las evoluciones que han sobrevenido después de 1973.

Es necesario, pues, formular nuevas hipótesis teóricas, explicativas de las transformaciones actuales. Más tarde podremos intentar hacer un análisis prospectivo —pese a todos los riesgos que ello implica— de las nuevas condiciones que son dadas a la agricultura campesina, utilizando principal-

(32) Véase en la primera parte de este número, las conclusiones generales de *Paysans exploités, ob. cit.*... Ver, asimismo, CNEEJA: De l'industrialisation à la regression de l'agriculture, IREP 16-18 noviembre, 1971. Grenoble, 133 págs.

mente el prisma de las medidas de política agraria que se han tomado desde hace algunos años.

3.2.1. *La crisis y el proceso de regresión*

Uno de los fundamentos esenciales del proceso de regresión de las formas de producción campesinas —tal y como las hemos puesto al corriente— era la acumulación «desequilibrada» del capital en este tipo de producción: desequilibrada en el sentido en que esta acumulación alcanzaba exclusivamente al capital constante y no al capital variable (la fuerza de trabajo, no separada de la familia, no tiene el *status* de capital, no es mercancía); desequilibrada, también, en el sentido en que siendo extraído (en todo o en parte) el excedente campesino, fuente de la acumulación, la reproducción ampliada de los medios de producción no podía realizarse sino gracias a la subremuneración de la fuerza de trabajo campesina, y más allá, por el éxodo agrícola. En este esquema, *dos condiciones esenciales*, eran, pues, *necesarias* para que se desarrollase el proceso de regresión.

— *La posibilidad de sustituir sin cesar el trabajo por capital* y aumentar así la productividad del trabajo.

— La misma posibilidad del *éxodo agrícola* (condición que prolonga la precedente) y la existencia de empleos alternativos en la industria.

Por añadidura, en tanto que estas dos condiciones fuesen cumplidas, *el problema de la carga de la tierra no se planteaba, o casi*, es decir que las ganancias de productividad, en una fase en que el rendimiento del capital era muy creciente, permitían a los agricultores financiar a la vez el «capital» territorial y el capital de explotación.

En adelante, *estas dos condiciones no se dan ya juntas* o juegan menos fuertemente, de suerte que el proceso de regresión es cuestionado y conduce a un cierto número de contradicciones. En efecto, el rendimiento marginal del capital se agota y hace menos atractiva la sustitución de trabajo por capital, mientras que la tasa de éxodo disminuye su ritmo, lo que aumenta relativamente el tiempo total de trabajo disponible. De ello resulta que la productividad del

trabajo progresa escasamente y que los costes de producción no pueden ya disminuir tan rápidamente como antes.

La evolución diferenciada de los precios de las entradas y salidas de la rama agrícola vienen a agravar esta tendencia. A partir de 1974, en efecto, los precios del capital constante (fijo y circulante) evolucionan, *grosso modo*, a un ritmo cercano al de la tasa de inflación, en tanto que los precios de los productos agrícolas progresan netamente menos aprisa.

Esta situación de conjunto, característica de la crisis agrícola, explica ampliamente el estancamiento de la renta agrícola en la fase actual. La explotación del trabajo campesino se hace más intensa, la subremuneración de la fuerza de trabajo campesina alcanza sus límites, de tal forma que las posibilidades de acumulación forzada del capital por los agricultores se reducen y frenan un proceso característico en el período precedente (relación entre explotación del trabajo, subremuneración y acumulación). Este bloqueo es ilustrado por el hecho de que la financiación *simultánea* del «capital» territorial y del capital de explotación resultan problemáticas, que la tasa de endeudamiento es crítica y que aumenta el número de quiebras.

Tales podrían ser las hipótesis explicativas de la crisis agrícola. Si vienen a confirmarlas investigaciones más en profundidad, nos pondría en la pista de tres posibles salidas (al menos) a esta crisis, que no son exclusivas, y cuya realización no depende evidentemente sólo de la agricultura:

— *El crecimiento de la duración y de la intensidad del trabajo campesino* en constancia de las técnicas, constituye la única posibilidad inmediata de eludir el bloqueo del rendimiento del capital para continuar el crecimiento agrícola.

Es en este sentido en el que sería necesario comprender a la vez el renovado interés actual por los sistemas de producción «diferentes», en los que el trabajo permanece más elástico y disponible, así como también las inquietudes que manifiestan algunos agricultores por la agravación de las condiciones de trabajo en los sistemas de producción intensivos.

— *El cambio de las técnicas* se hace, no obstante, indispensable para desbloquear el progreso del rendimiento del capital.

Es en este sentido en el que sería necesario comprender las contestaciones de los sistemas de producción intensivos dominantes y las intensas investigaciones actuales sobre la utilización de los recursos naturales renovables en el proceso de producción (ver las biotecnologías, en particular).

La resolución del problema de la tierra es en lo sucesivo urgente, para relanzar las posibilidades de acumulación de la agricultura campesina.

En este sentido es preciso interpretar, sin duda, los aspectos territoriales de la Ley de Orientación Agrícola de 1980, que se dirige a reducir la incidencia financiera de la tierra.

En tanto que estas «tres salidas» (y otras, sin duda) no sean aplicadas —y no pueden serlo sino progresivamente—, la situación actual de la agricultura permanecerá bloqueada.

Si, por el contrario, simultáneamente al desbloqueo de los condicionantes económicos globales (no hay una salida agrícola a la crisis), fuesen levantadas estas limitaciones específicas, se dibujaría poco a poco una nueva imagen de la agricultura tras la crisis: las formas de producción familiares conservarían en ella un amplio espacio, si bien algunos rasgos específicos de la agricultura campesina (naturaleza del trabajo; papel de la tierra) serían borrados.

Podría ser entonces que esta agricultura fuese «*banalizada*», es decir, que fuese más profundamente comprometida en una potente red de relaciones interindustriales, hasta el punto de transformarse ella misma, al término de un largo proceso, en simple rama de la industria, nueva modalidad de la regresión de la agricultura, en tanto que agricultura.

Podemos leer ahora algunos signos precursores de estos cambios, si bien es necesario cuidarse de extraer conclusiones prematuras. No obstante, algunos rasgos se deducen, que modelan una «nueva agricultura» (sería ésta la tercera, y quizá la última...) que se impone a los agricultores.

3.2.2. *Una agricultura que perdería su monopolio sobre la alimentación*

Como consecuencia de lo hasta aquí dicho (párrafo 3.11.), la agricultura pierde, en beneficio de las IAA, su monopolio sobre la alimentación y su papel histórico de primer rango en el consumo. El mercado alimentario, por añadidura, es cada vez más estrecho (ver cuadro 10) y se aproxima a la simple reproducción. De ello resultan dos perspectivas de evolución para la producción agrícola.

— Producir bienes no alimentarios, y principalmente materias primas energéticas, explotando al máximo la biomasa: «plan de bosques», monte bajo, etanol de remolachas, pajas, etc. «La agricultura es nuestro único yacimiento natural», dice V. Giscard d'Estaing.

En realidad, en favor de la crisis, se redescubre que la agricultura, históricamente, ha producido siempre una gran cantidad de productos no alimenticios (33), que no eran comercializados (autoconsumo, producción de medios de producción). La inserción de la agricultura en las relaciones de mercado ha estado acompañada, de hecho, de la especialización en la producción alimentaria y por el abandono consecutivo de otras producciones realizadas en la finca. El objetivo actual consiste en hacer producir a los agricultores nuevas mercancías no alimentarias. El «filón» es enorme, pues durante 30 años el desarrollo de la agricultura bajo el yugo del capitalismo ha estado acompañado de un creciente número de recursos inexplorados.

— Producir componentes simples alimentarios para las IAA. Los productos agrícolas, desde esta óptica, no serían ya sino sustratos o soportes para la producción de materias primas destinadas a la fabricación de alimentos de síntesis en fábrica (34).

Esta doble orientación tendrá por efecto profundizar considerablemente la competencia en el mercado de materias primas agrícolas: competencia entre productos agrícolas

(33) Orden de magnitud actual: 10 por 100 de la producción agraria.

(34) Nos unimos aquí a la contribución de A. Mounier sobre este tema.

(topinambour, remolachas o cañas para etanol, pajas, estiércoles o monte bajo para el metano,...); competencia entre productos agrícolas y productos industriales (semillas que permiten la fijación simbólica del nitrógeno o el amoníaco...); competencia, por supuesto, entre agriculturas nacionales.

En esta perspectiva, la agricultura sería a la vez «banalizada» en sus funciones, puesto que perdería su papel histórico en la alimentación, e insertada todavía con mayor fuerza en una compleja red de relaciones interindustriales. Teniendo en cuenta el avance de las grandes firmas multinacionales en estas tecnologías avanzadas, la sumisión de la agricultura al capital no sería sino más fuerte.

3.2.3. *Una agricultura que sería liberada de la carga territorial*

No volveremos aquí sobre lo ya dicho con anterioridad (epígrafe 3.1.3.). Es necesario añadir simplemente que el legislador se esfuerza no sólo en controlar el precio del suelo agrícola, sino en, también, disociar la explotación agrícola de la propiedad territorial. Es una vieja idea, pero permanece prácticamente como letra muerta. La Ley de Orientación Agrícola de 1980 entiende favorecer mucho más claramente la creación de GFA (Groupements fonciers agricoles), familiares u otras, para regular el problema de las sucesiones y hacer cesar la hemorragia de las compensaciones (35). El contexto actual (alza del precio de las tierras y competencia creciente europea) puede favorecer la adopción de este tipo de solución al problema de la tierra. En un cierto plazo, sin embargo, la concesión a las SAFER del derecho de arrendar tierra, constituiría una solución mucho más radical que podría ser defendida por la burguesía modernista, aunque combatida por la burguesía tradicional (36).

(35) Existen actualmente alrededor de 5.000 GFA familiares y 200 GFA «inversores», nueva forma de «propiedad anónima» administrada por los bancos.

(36) Señalemos, no obstante, que las posiciones de la conservadora FNPA (Fédération de la Propriété Agricole) están en trance de cambiar.

3.2.3.1. Una agricultura que racionalizaría la producción y el trabajo

Si las perspectivas trazadas anteriormente son correctas, es decir, si la tarea de la agricultura es en adelante reducir fuertemente sus costos más bien que desarrollar sus producciones, esto implica:

— Bien el abandono por los agricultores de sus prácticas «irracionales» del pasado,

— Bien la selección en su seno de aquellos de entre ellos que son más capaces de adaptarse a estas nuevas exigencias (intensidad del trabajo, gestión saneada, menores despilfarros, etc.).

En la práctica, las dos vías son seguidas simultáneamente. Se aumenta el nivel de formación de los agricultores; la mayor parte de entre ellos pasan en lo sucesivo por las escuelas de agricultura, cuya orientación es «aplicada» (37). El aparato de organización de la agricultura (consejeros, gestión, agrupaciones, etc.) debe hacer el resto, por poco que sea corregida la óptica un tanto «productivista y tecnista» seguida hasta aquí (38).

La competencia, en cuanto tal, se encargará de seleccionar los agricultores capaces de practicar esta «nueva agricultura» con eficacia. Las medidas de acompañamiento, inscritas principalmente en la Ley de Orientación, permitirán favorecer esta selectividad: las ayudas del Estado serán (lo son ya) cada vez más reservadas a la capa modernista de los agricultores que aceptarán producir lo que es necesario, donde sea necesario y como sea necesario, y vender en condiciones precisas (contratos con las firmas utilizadoras, exportación...).

El objetivo es principalmente promover una fracción (importante de ser posible, pero objetivamente restringida) de la agricultura orientada hacia la exportación y capaz de

(37) El ministro de Agricultura considera el condicionar la concesión de préstamos o subvenciones al seguimiento previo de cursos de formación amplia. Actualmente, no existen más que los cursos de 200 horas para la instalación de los jóvenes agricultores.

(38) «Es necesario *redescubrir* la gestión», nos dice J. C. Tirel (INRA).

mantener, con las IAA, el desafío giscardiano de la agricultura capaz de pagar la factura del petróleo (que, por lo demás, progresa mucho más aprisa que el excedente comercial de productos agroalimentarios).

Sobre las 1.200.000 explotaciones actuales (1977), podemos imaginar que un tercio puede responder a estas exigencias (orden de magnitud a todas luces aproximativo). No se tratará, por tanto, de una agricultura capitalista basada en relaciones sociales asalariadas; la rentabilidad del capital de este tipo de agricultura permanece, en efecto, bastante modesta e incluso en declive. Se tratará simplemente de una capa de agricultores «familiares» que entran en una racionalidad de tipo capitalista.

Podemos imaginar además que otra capa de agricultores deberá trabajar bajo contrato para las industrias utilizadoras de las materias primas agrícolas (alimentarias o no), estructurando e integrando la racionalidad de las mismas firmas a este tipo de agricultura en el «molde» capitalista e industrial.

¿Pero qué sucederá con los restantes agricultores si el éxodo agrícola no juega ya su papel de selección y eliminación?

La respuesta a esta pregunta depende mucho más de la evolución económica global que de la de agricultura misma. Sin embargo, podemos imaginar fácilmente, el esfuerzo de fórmulas de explotación «no profesionales» que funcionan en la periferia del sistema social (ver F. Pernet).

3.2.4. *¿Una agricultura que habría perdido su especificidad social?*

La crisis económica podría, pues, modificar fuertemente las funciones tradicionales ejercidas por la agricultura. Transformaría su rostro, profundizando su integración en el sistema social.

Si la agricultura, como compradora y como suministradora de mano de obra, interesa menos a la industria; si pierde su monopolio sobre la alimentación y su papel estratégi-

co en relación a los salarios; si la explotación es disociada (e incluso descargada) de la propiedad de la tierra y no se consagra ya sino a la producción; si la producción agrícola es banalizada, racionalizada, insertada en relaciones interindustriales, entonces, esta rama perderá una gran parte de los rasgos que constituirán su especificidad en el seno del sistema social.

Por supuesto, no se trata sino de perspectivas o incluso de hipótesis sobre el porvenir.

No obstante, diversas direcciones actuales de la política agrícola hacen creíbles estas perspectivas; incorporan medidas más antiguas, de suerte que se desprende de ellas una coherencia bastante fuerte:

— En materia de fiscalidad, alineamiento de la agricultura con las restantes ramas: generalización progresiva de la TVA; imposición al beneficio real (30.000 empresarios) y sobre todo reforma del régimen del impuesto concertado (39).

— Reglamentación y limitación del crédito, particularmente de los préstamos subvencionados, que no pueden ser considerados ya como un derecho, sino que deben ser concebidos como un contrato de financiación. En este espíritu, la proporción de estos préstamos pasaría del 42 por 100 del total de préstamos (cifra de 1978) a alrededor del 25 por 100, teniendo acceso las restantes explotaciones al mercado financiero ordinario.

— Modificación del régimen agrícola de prestaciones sociales (BAPSA) tendente a aumentar la «tasa de participación profesional» (es decir la relación de cotizaciones técnicas sobre las prestaciones) que no es más que el 15 por 100 en 1978.

— Concesión de subvenciones de explotación en condiciones económicas rigurosas y para objetivos definidos por la política agroalimentaria.

(39) La campaña dirigida en julio de 1980 contra el fraude fiscal (legal) de los agricultores es un signo precursor de tal reforma.

— Alineamiento de la ayuda a la cooperación agrícola con la que es concedida a las firmas privadas (misma tasa de subvención).

— Asunción por la profesión de los excedentes de producción y puesta en cuestión de la política agrícola común, con el objetivo de reducir ampliamente las ayudas públicas al mantenimiento de los mercados.

— Y por fin —¿por qué no?— supresión del Ministerio de Agricultura, vinculación de la «Secretaría de Estado para las IAA» al Ministerio de Industria, integración de las escuelas de agricultura en la educación nacional, del INRA en el CNRS (...), etc.

Entiéndasenos: no es la supresión de un sistema particular de intervención del Estado lo que hará perder a la agricultura su especificidad social; esta supresión sería simplemente el reflejo de la banalización económica y social de la agricultura considerada como cualquier otra rama de la industria.

Si tal fuese el provenir, se cerraría un período que había sido abierto por Gambetta, cuando creó el Ministerio de Agricultura...

Pero ¿se llegará a ello? Creerlo demasiado aprisa sería desdeñar las luchas sociales y oposiciones que tal tendencia no dejaría de desarrollar —y desarrolla ya— en la agricultura; sería despreciar las capacidades de resistencia de las formas de producción campesinas y de la diversificación que la crisis inaugura ya multiplicando los tipos de agricultura.

ANEXO

1. Evolución en volumen de los principales agregados de las cuentas de la agricultura, 1959-1980.
 2. Evolución de precios y rentas agrícolas, 1959-1980.
 3. Valor añadido bruto a precios constantes, 1970. Gráfico.
 4. Formación bruta de capital fijo, 70-78, precios constantes 70: Material, Construcciones y plantaciones en conjunto. Gráfico.
 5. Evolución del RBA medio por explotación en valor real (óptica comercialización). Gráfico.
 6. Comercio exterior francés y productos agrícolas y alimentarios, 1965-1979.
 7. Evolución del saldo de productos agroalimentarios y de productos agroalimentarios competitivos, 1965-1979. Gráfico.
-

Cuadro 1
EVOLUCION EN VOLUMEN DE LOS PRINCIPALES AGREGADOS DE LAS CUENTAS DE LA AGRICULTURA

(Fuente: I.N.S.E.E. Cuentas a precios constantes 1970)

	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980	
1970 = 100																							
Producción final n/n-1	73,5	84,1	81,0	86,2	85,2	86,3	90,6	90,9	96,8	99,6	96,0	100,0	103,8	107,2	115,2	114,9	108,4	108,2	109,0	115,0	120,8	—	—
	...	+0,7	-3,7	+6,4	-1,2	+1,2	+4,9	+0,3	+6,4	+2,8	-3,7	+4,1	+3,8	+3,2	+7,4	-0,3	-5,7	-0,2	+0,7	+5,5	+5,1	—	—
1970 = 100																							
Producción vendida n/n-1	72,8	80,1	82,3	83,8	86,8	88,2	90,3	91,2	96,4	100,5	98,9	100,0	105,6	107,0	111,6	114,9	113,1	110,1	112,2	118,4	124,4	129,7	—
	...	80,0	+2,7	+1,8	+3,5	+1,6	+2,3	+0,9	+5,7	+4,2	-1,6	+1,1	+5,6	+1,3	+4,2	+2,9	-1,6	-2,7	+1,7	+5,5	+5,9	+4,3	—
1970 = 100																							
Consumos intermedios (gastos de fuera del sector agrícola) n/n-1	50,2	51,1	54,0	59,8	63,0	69,2	74,1	80,2	86,3	90,2	92,3	100,0	108,3	118,2	131,8	131,8	126,1	135,3	138,5	150,4	156,2	160,0	—
	...	+1,7	5,6	+10,7	+5,5	+9,6	+7,0	+8,2	+7,6	-6,4	+2,3	+8,3	+8,3	+9,1	+11,5	-8,0	-4,4	+7,2	+2,4	+8,6	+3,9	+2,4	—
1970 = 100																							
Valor añadido bruto n/n-1	83,2	97,8	92,3	97,3	94,4	93,4	97,4	95,3	101,3	103,6	97,6	100,0	101,9	102,6	108,4	107,8	101,0	96,9	96,4	102,5	112,5	—	—
	...	+17,8	-5,7	+5,4	-3,0	-1,1	+4,2	-2,2	+6,2	+2,2	-5,8	+2,4	+1,9	+0,6	+5,6	-0,6	-6,4	-4,1	-0,5	+6,4	+9,8	—	—
1970 = 100																							
Valor añadido de las ventas n/n-1	82,7	92,8	94,7	94,3	97,1	96,4	97,4	96,0	100,7	105,0	101,7	100,0	104,5	102,1	102,8	107,4	107,4	99,5	100,8	104,4	110,6	—	—
	...	+12,2	+2,0	-0,5	+2,9	-0,8	+1,0	-1,5	+4,8	+4,2	-3,2	-1,7	+4,5	-2,3	+0,6	+4,4	—	-7,4	+1,3	+3,6	+6,0	—	—

Fuente: P. GREINER, *L'agriculture et la crise: ruptures dans les séries nationales agricoles*. SFER, abril 1980. Paris, 5 págs. más anejos y cuentas provisionales 1980.

Cuadro 2
EVOLUCION DE LOS PRECIOS Y RENTAS AGRICOLAS

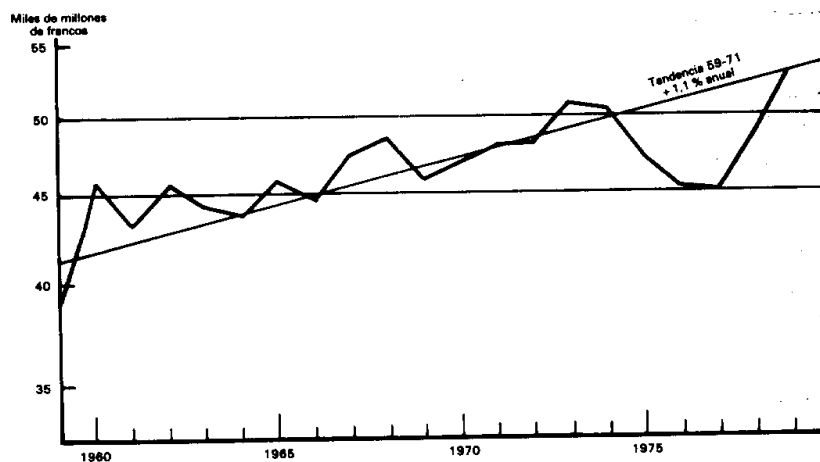
(Fuente: I.N.S.E.E. Cuentas de la Agricultura)

	1959	1960	1961	1962	1963	1964	1965	1966	1967	1968	1969	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980
Precios de la producción vendida n/n-1	...	+0,9	+2,2	+8,1	+5,5	-1,7	+1,7	+4,7	+0,2	-0,2	+8,0	+5,3	+4,2	+14,0	+10,3	+4,2	+8,1	+12,5	+6,6	+3,4	+6,6	+5,3
Precios de los C.I. (1) n/n-1	...	+2,3	+3,3	+4,2	+2,1	+1,3	+1,2	+0,9	+1,1	+3,3	+4,2	+4,8	+6,7	+4,1	+12,5	+24,1	+8,3	+6,2	+8,6	+5,8	+9,6	+15,5
Precios del P.I.B. (mercado) n/n-1	66,0	67,9	69,8	72,6	76,5	79,3	81,2	83,5	85,7	89,3	95,1	100,0	105,5	111,9	120,1	133,1	150,0	164,9	178,5	195,9	216,0	240,0
Número de explotaciones n/n-1	138,4	134,2	130,2	126,3	122,5	118,8	115,4	112,0	108,0	105,6	102,8	100,0	96,8	93,7	90,7	87,8	85,0	82,7	80,7	79,0	77,4	75,8
R.B.A. global (comercialización) n/n-1	54,9	63,8	65,8	72,6	80,3	75,6	78,9	82,0	86,3	87,7	95,9	100,0	108,9	127,5	139,4	142,3	154,0	162,9	173,4	183,1	198,3	202,3
R.B.A./explotación en valor real (comercialización) n/n-1	60,1	70,0	72,4	79,2	85,7	80,2	84,2	87,7	92,6	93,0	98,1	100,0	106,6	121,6	128,0	121,8	120,8	119,6	120,3	118,4	118,7	111,3
	...	+16,4	+3,4	+9,3	+8,2	-6,5	+4,9	+4,1	+5,5	+0,4	+5,4	+1,9	+6,6	+14,0	+5,2	-4,9	-0,9	-1,0	+0,6	-1,6	+0,3	-6,2

(1) Gastos de fuera del sector, comprendido I.V.A.
Fuente: P. GREINER, trabajo ya citado y cuentas provisionales de 1980.

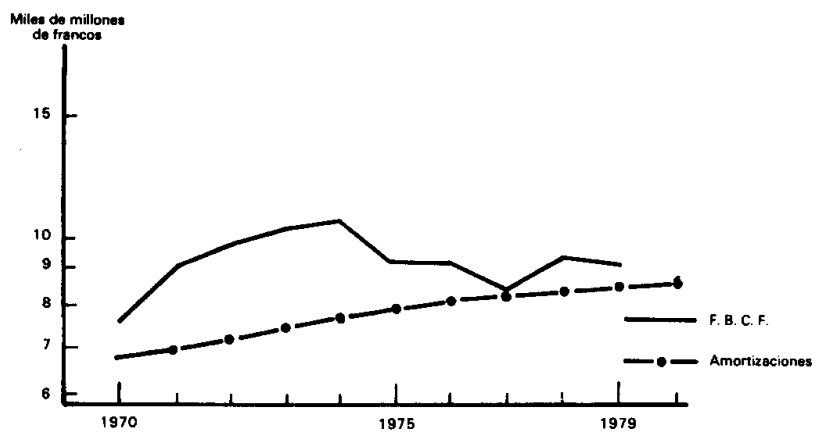
Valor añadido bruto a precios constantes 1970

	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979
V. A. B. a precios constantes (millones de francos)	46.810	47.688	48.010	50.756	50.446	47.274	45.342	45.661	48.561	53.320
Indice base 100 en 1970	100	101,9	102,6	108,4	107,8	101,0	96,9	96,4	102,5	112,5



Fuente: SCEES, «Collections de statistique agricole», *Etude*, n.º 175, julio 1979, pág. 170.

Formación bruta de capital fijo y amortizaciones



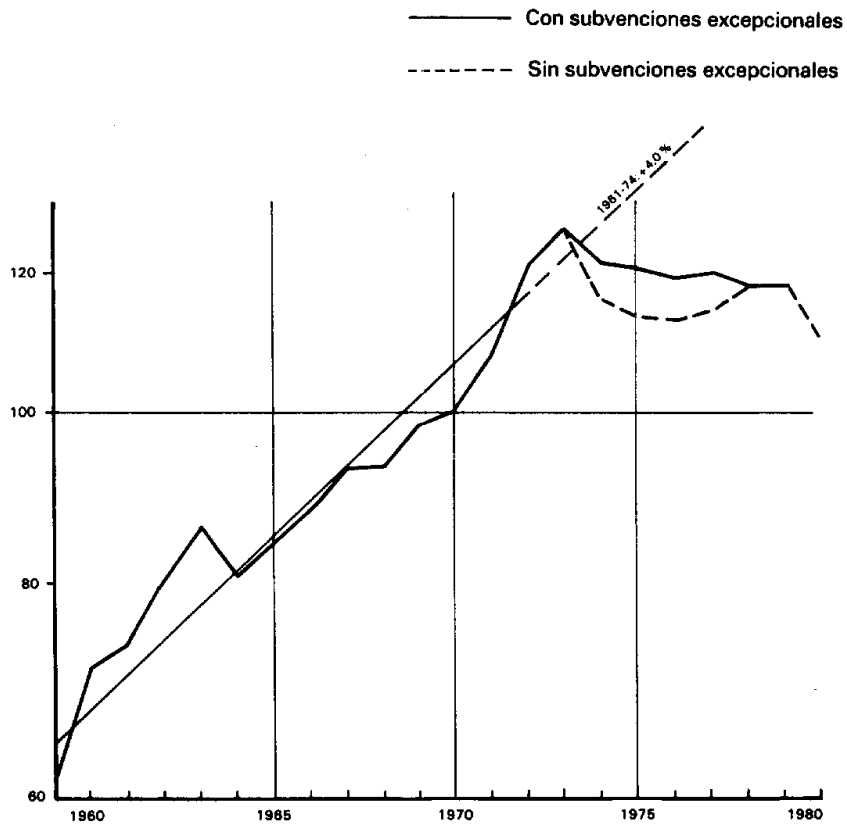
Inversiones y amortizaciones totales

Unidad: millones de francos

Años	Precios corrientes		Precios constantes	
	F. B. C. F.	Amortizaciones	F. B. C. F.	Amortizaciones
1970	8.419	6.752	8.419	6.752
1971	8.911	7.514	8.260	6.951
1972	10.578	8.146	9.310	7.160
1973	12.016	9.097	9.789	7.416
1974	14.639	10.981	10.244	7.693
1975	14.344	12.748	8.934	7.922
1976	15.942	14.447	9.003	8.099
1977	17.032	16.038	8.763	8.249
1978	19.542	17.749	9.326	8.373
1979	—	20.198	—	8.498
1980	—	23.085	—	8.560

Fuente: SCEES, *Etude*, 175, citado pag. 148 y cuentas de la agricultura 1977-1980

**R. B. A. Media por explotación en valor real
(Comercialización)**



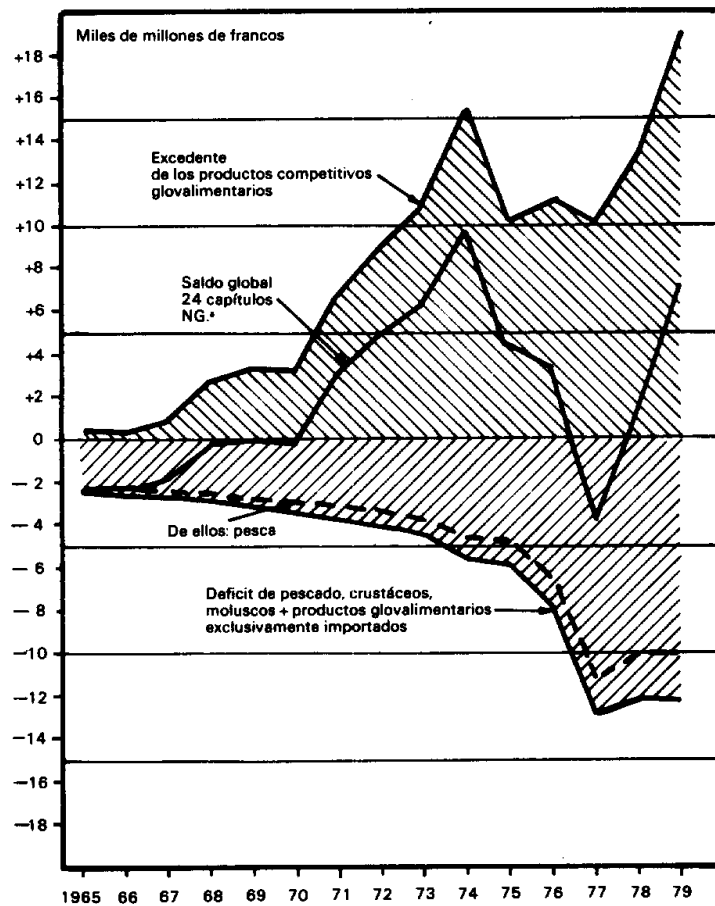
Fuente: P. Greiner, trabajo citado y cuentas provisionales de 1980.

COMERCIO EXTERIOR FRANCES

	IMPORTACIONES			EXPORTACIONES			SALDO	
	Totales	Productos agrícolas y alimentarios	Participación porcentual de los productos agrícolas y alimentarios en el total de importaciones	Totales	Productos agrícolas y alimentarios	Participación porcentual de los productos agrícolas y alimentarios en el total de exportaciones	Total	Productos agrícolas y alimentarios
1965	51,1	10,7	20,9	49,6	8,4	16,9	- 1,5	- 2,3
1966	58,5	11,5	19,7	53,8	9,1	16,8	- 4,7	- 2,5
1967	61,3	11,2	18,3	56,2	9,3	16,5	- 5,1	- 1,9
1968	69,0	11,3	16,4	62,7	11,0	17,6	- 6,4	- 0,3
1969	90,0	14,0	15,6	77,8	14,0	18,0	- 12,3	-
1970	106,2	16,4	15,4	99,6	15,9	16,0	- 6,6	- 0,5
1971	118,0	17,4	14,7	114,0	20,3	17,8	- 4,0	+ 2,9
1972	135,7	19,5	14,4	131,5	24,5	18,5	- 4,2	+ 5,0
1973	166,1	24,3	14,6	159,7	30,6	19,1	- 6,4	+ 6,3
1974	254,7	29,0	11,4	220,2	38,8	17,5	- 34,5	+ 9,8
1975	332,3	31,1	13,3	223,3	35,4	15,8	- 9,0	+ 4,3
1976	308,1	38,2	12,3	266,8	41,5	15,5	- 41,3	+ 3,3
1977	346,4	50,5	14,6	312,0	46,8	15,0	- 34,4	+ 3,7
1978	368,6	54,3	14,7	345,0	55,4	16,0	- 23,5	+ 1,1
1979	454,7	57,2	12,6	416,8	63,9	15,3	- 37,9	+ 6,7

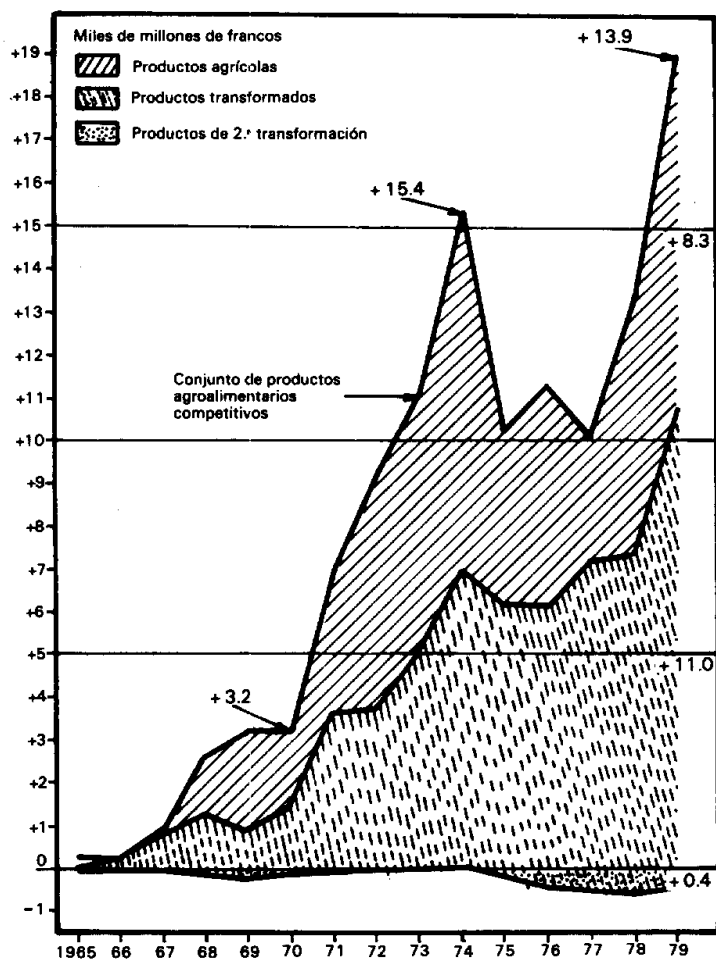
Fuente: Aduanas. BIMA N.º 897.

Evolución del saldo de los productos agroalimentarios



Fuente: SCEES, Cahiers de statistique agricole, n.º 2/6 marzo-abril, 1980.

Evolución del saldo de los productos agro-alimentarios competitivos



Fuente: SCEES, Cahiers de statistique agricole, n.º 2/6 marzo-abril, 1980.